

que no presentase las cartas del rey de Germania: el comisionado de Abderrahman se esforzó inútilmente en hacer ver al monje cristiano los inconvenientes y peligros que esto podía traer: el monje se mostró obstinado e inflexible; pero mas prudente el califa quiso todavía darle tiempo para que lo pensara mejor, á cuyo efecto mandó que se le dejara solo y entregado á sus meditaciones, sin mas compañía que la del otro monje su adjunto.

Al cabo de algunos meses pasó de orden del califa el obispo mozárabe de Córdoba á la habitacion del monje Juan, con el solo objeto de persuadirle á que desistiera de presentar las ya ruidosas cartas, haciéndole ver que de insistir en su empeño, además de seguirse una colision entre los dos pueblos, se vería el califa obligado á usar con él personalmente de una severidad que no podría evitar. Pero si duro había estado el monje embajador con el que le había hablado primeramente, estuvo aun mas en esta entrevista con el obispo mozárabe, repudiándole á él mismo por la sumision en que vivian él y su Iglesia á un príncipe mahometano, y concluyendo con decir que nada en el mundo le haría cejar de su resolucio. Comunicada á Abderrahman esta respuesta, todavía quiso evitar un conflicto, y discurrir algún medio de ablandar el duro temple de alma del monje cristiano, que le causaba no poca admiracion. Trascurrieron algunas semanas mas, y nuevos enviados pasaron á tantear las disposiciones del monje de Gorza, al cual hallaron inmutable en su propósito. Entonces el califa determinó ensayar si por el terror conseguía lo que no había podido recabar por la prudencia y la blandura; y conociendo que la amenaza de un castigo personal no bastaría á doblegar á un hombre de tanto corazon y de ánimo tan firme, hizole entender, que si persistía en su temeridad, decretaría una persecucion contra los cristianos de sus dominios, y que él solo por su obstinacion sería responsable de todas las víctimas y de todas las desgracias que se siguieran. Ni esto bastó á hacer desistir al inexorable monje, parapéandose en que su deber era ejecutar las órdenes de su monarca, sucediese lo que quisiera.

Ya eran los cristianos mozárabes los mas interesados en buscar una solucion á tan difícil y delicado negocio. Hablaron, pues, con el monje Juan, y se acordó proponer al califa que se enviase nueva embajada al rey Othon informándole de los embarazos en que se hallaban, y pidiéndole nuevas instrucciones para ver el medio de salir de ellos. A todo accedió Abderrahman, y como no se encontrara quien se prestase á desempeñar tan delicada mision, publicó un edicto prometiendo un favor especial al que se ofreciese á pasar á Germania, y todo género de presentes para cuando volviese á Córdoba.

Había en el palacio de Abderrahman un lego llamado Recemundo ó Raimundo, empleado en la secretaria del califa por su instruccion en las lenguas latina y árabe. Viendo Recemundo una ocasion de prosperar y acaso de elevarse á un alto puesto, y asegurado por Juan de que sería bien recibido, aceptó la embajada con una sola condicion, la de obtener el obispado de Illiberis que se hallaba vacante. No tuvo dificultad el califa en acceder á ello, y de simple lego que era se encontró de repente Recemundo convertido en prelado de una de las primeras iglesias de Andalucía (1). Consagrado obispo, y recibidas sus instrucciones como embajador, partió de Córdoba, y al cabo de algunas semanas llegó á la abadía de Gorza, donde fué recibido con mucho agasajo, y aun le acompañaron despues á Francfort, donde Othon tenía entonces su corte. Presentado Recemundo al emperador, fácilmente consiguió lo que deseaba. Othon despachó un nuevo enviado á Córdoba acompañando á Recemundo con un escrito en que autorizaba á Juan á suprimir ó no presentar la carta primera, causa de todos aquellos debates, y á negociar en cambio un tratado de paz y amistad que pusiese fin á las incursiones de los bandidos sarracenos que infestaban el imperio de Othon. Recemundo

(1) Vióse en efecto en la Iglesia mozárabe el ejemplar doblemente extraño de un lego elevado á la dignidad episcopal sin pasar por los grados intermedios, y de un prelado católico nombrado por un emperador mahometano.

do y Dudon (que era el nombre del otro mensajero) llegaron á Córdoba á principios de junio de 959.

Presentóse inmediatamente el nuevo enviado en el palacio del califa pidiendo audiencia. «No consiento, contestó Abderrahman, en ver á nadie sin que venga antes ese monje testarudo que tanto tiempo me las ha estado apostando. Los otros se podrán presentar despues.» Y envió una comision á Juan mandándole comparecer á su presencia. Poco faltó para que otra vez burlara al califa aquel monje singular. Cuando los vazires fueron á comunicarle la orden le encontraron despeinado y con barbas, con su túnica de sayal tosca y no nada limpia. Expusieronle los vazires que para poder presentarse al califa era menester que se hiciera rasurar la barba y peinar el cabello, así como ponerse otro vestido mas decoroso, pues el califa no acostumbraba á recibir á nadie en traje desaliñado. El monje contestó sin turbarse que aquel era el hábito de su orden, y que no tenía otro. Dijéronselo así á Abderrahman, quien se apresuró á mandar diez libras de plata, cantidad que consideró sobrada para que pudiera hacerse un traje cual correspondia. Juan aceptó la suma y dió las gracias al califa por su atencion y generosidad, pero la distribuyó entera á los pobres, y volvió á repetir que no se presentaría sino con su ropaje ordinario. «Pues bien, exclamó ya Abderrahman al anunciarle esta última resolucio, que venga como él quiera, aunque sea envuelto en un saco si así le parece, y decidle que no dejaré por eso de recibirle bien.» Era menester tanta paciencia y bondad del califa para tanta obstinacion y terquedad del monje.

Fijóse, pues, el dia para su recepcion, y Abderrahman hizo desplegar la mas suntuosa pompa y aparato para hacer los honores al ya célebre benedictino. En toda la carrera desde la casa del humilde monje hasta el palacio del poderoso califa estaban escalonadas las tropas de infantería y caballería de la guardia, los unos con sus picas apoyadas en tierra, los otros blandiendo dardos y venablos y ejecutando una especie de simulacro de combate, los otros oprimiendo con sus largas espuelas los ijares de sus caballos, y haciéndolos retozar y caracolear de mil maneras. Unos grupos de moros, probablemente dervises, especie de monjes de la religion musulmana, que solían asistir á todas las ceremonias públicas, iban dando saltos y haciendo ridículas contorsiones, ataviados tambien de un modo extravagante y raro. Al aproximarse el monje cristiano al real alcázar salieron á su encuentro los principales dignatarios del califa. El atrio estaba cubierto de vistosas y ricas alfombras. El monje Juan fué introducido al fin por medio de dos filas de magníficos sillones á la presencia del príncipe de los musulimes, que sentado sobre blandos y suntuosos cojines con las piernas cruzadas á estilo oriental aguardaba al embajador en un salon cubierto de riquísimos tapices y telas de seda.

Cuando el monje lorenés estuvo ya cerca del califa español, dióle este á besar la palma de su mano, honor que dispensaba muy rara vez á los mas elevados personajes, nacionales ó extranjeros; y le hizo seña de que se sentara en un sillón que á su lado preparado le tenía. Un intervalo de silencio se siguió á esta ceremonia. Rompió el califa exponiendo las causas que habían retardado aquella audiencia, contestó Juan de Gorza, y en seguida hizo entrega de los presentes del rey Othon; y como luego hiciera ademán de retirarse, «Oh, no, exclamó el califa, no lo consentiré sin obtener antes palabra de que nos habremos de ver muchas veces, y de que nos habremos de tratar para conocernos mejor.» Prometiéndoselo así Juan de Gorza, y salió complacido y satisfecho de haber hallado en el príncipe musulmán un hombre que estaba lejos de merecer el epíteto de bárbaro que entonces aplicaban los cristianos á todos los ismaelitas.

Las entrevistas y conferencias se repitieron conforme habían convenido: en ellas se informó el califa de las fuerzas y poder del rey Othon, del número de sus tropas, de su sistema de guerra y de gobierno, y de otras circunstancias, y despues de haber hablado y cuestionado diferentes puntos, y quedado mutuamente aficionados el emir y el monje, partió este á dar cuenta al emperador del éxito de sus negociaciones, con lo cual quedaron amigos el emperador germano y el príncipe

musulmán. Tal fué el resultado de la célebre embajada de Juan de Gorza, que pudo haber sido trágico para este y de muy desagradables consecuencias para los dos pueblos sin la extremada prudencia de Abderrahman (1).

Por desgracia no había sido siempre este príncipe tan tolerante con los cristianos. O era desigual su carácter, ó había mudado con la edad. Porque diametralmente opuesta había sido su conducta con el cristiano español Pelayo, aquel joven sobrino del obispo Hermogio de Tuy que recordará el lector había sido dado en rehenes á Abderrahman para rescatar á su tío hecho prisionero en la batalla de Valdejunquera. Era, dicen, Pelayo tan hermoso como discreto, y hacia ya tres años que estaba cautivo en Córdoba, cuando informado el califa de sus prendas quiso verle y atraerle á su religion. «Jóven, le dijo, yo te elevaré á los mas altos honores de mi imperio, si renegando de Cristo quieres reconocer á nuestro Profeta como el profeta verdadero. Yo te colmaré de riquezas, te llenaré de plata y oro, te daré ricos vestidos y alhajas preciosas. Tú escogerás de entre los esclavos de mi casa los que mas te agraden para tu servicio. Te regalaré caballos para tu uso, palacios para tu habitacion y recreo, y tendrás todas las delicias y comodidades que aquí se gozan. Sacaré de sus prisiones á quien tú quieras, y si tienes gusto en que vengan tus parientes á vivir en este país, les daré los mas altos empleos y dignidades.»

A estos y otros seductores halagos resistió con entereza y constancia el joven Pelayo, que contaba entonces trece años de edad. Los escritores cristianos añaden que el califa se propuso á hacer al joven demostraciones y caricias de otro género, que hubieran sido mas criminales que las primeras, con lo cual enfurecido y colérico Pelayo se arrojó intrépidamente á Abderrahman, y le hirió en el rostro y le mesó la barba, desahogándose en las expresiones mas fuertes contra el califa y contra su falsa religion. El desenlace de este drama fué el martirio del joven atleta, cuyo cuerpo mandó Abderrahman atenuarse, y que despues fuese arrojado al Guadalquivir: horrible muerte, que sin embargo sufrió el joven cristiano con una resignacion que parecia increíble en su corta edad. Fué el martirio de San Pelayo á 25 de junio de 925. Crueldad tan desusada en Abderrahman, y empeño tan grande en la conversion de un niño que apenas rayaba en la adolescencia, nos induce á sospechar que se mezclaba en ello otro interés que el de la religion, y que no carecen de fundamento las pretensiones de otro género que le atribuyen los escritores cristianos (2).

Esta mancha, la mas negra pero no la sola que afeó el reinado del tercer Abderrahman, y que tanto contrasta con otros actos de generosidad y de tolerancia de su vida, no nos impide reconocer que en lo general fué reinado el suyo lleno de esplendor y grandeza. Protector decidido de las letras y de los sabios, las ciencias y las artes tomaron bajo su influjo un desarrollo maravilloso. La historia, la geografía, la medicina, la poesía, la gramática, las ciencias naturales, la música, la arquitectura, porcion de otros ramos y conocimientos literarios y artísticos, todo prosperó de un modo admirable; fácilmente pudiéramos presentar un largo catálogo de literatos eminentes y de artistas distinguidos, que hicieron célebre en la historia de las letras el reinado del tercer Abderrahman, contando á él mismo entre los poetas y entre los hombres de erudicion no comun. Habíase propuesto que la capital del imperio árabe-hispano fuese el centro de la religion, la madre de los sabios, y la lumbrera de Andalucía. A este fin no perdonaba gasto ni medio para traer á Córdoba los profesores mas ilustres y las obras mas afamadas de todos los pueblos musulmanes: á aquellos los colmaba de honores, y estas las compraba á precio de oro. Sus mismos hijos eran historiadores y filósofos, y el palacio de Meruan, punto de reunion de todos los literatos, era mas bien que el palacio de un príncipe

(1) Suministran estas noticias las Actas de los Santos de los monjes benedictinos, en Mabillon, y las de la Vida de San Juan de Gorza; porque este monje se cuenta en el catálogo de los santos.

(2) Raquel, Vida y pasion de San Pelayo mártir. Ambrosio de Morales refiere largamente este martirio, que cantó en versos latinos la monja alemana Rosvita, y que se hizo célebre por los poemas y dramas que sobre él se compusieron en la segunda mitad del siglo x.

un liceo ó academia perpetua, en que se cultivaban todos los ramos del saber que en aquella época se conocían; multitud de obras arábicas de aquel tiempo llenan todavía los estantes de las bibliotecas.

Hasta las mujeres de que se acompañaba eran literatas ó artistas. «Los últimos meses de su vida, dice uno de sus historiadores, los pasó en Medina Zahara, entretenido con la buena conversacion de sus amigos, y en oír cantar los elegantes conceptos de Mozna, su esclava secretaria; de Aixa, doncella cordobesa, que cuenta Ebn Hayan que era la mas honesta, bella y erudita de su siglo; de Safia, hija de Abdallah el Rayi, asimismo en extremo linda y docta poetisa, y con las gracias y agudezas de su esclava Noiratedia: con ellas pasaba las horas de las sombras apacibles en los bosquecillos, que ofrecían mezclados racimos de uvas, naranjas y dátiles.»

Además de los soberbios palacios y jardines de Zahara que hemos descrito en otro lugar, y que la mano destructora del tiempo, ayudada de la no menos destructora del hombre, ha hecho desaparecer, le debió la España la fundacion del arsenal de Tortosa (944), la construccion de un canal de riego y de un magnífico abrevadero en Ecija (en 949), la de un bello mihrab ó adoratorio en la mezquita principal de Tarragona, multitud de otras mezquitas, baños, fuentes y hospitales, y el patio principal de la grande aljama de Córdoba (en 958), llamado hoy patio de los Naranjos, plantado entonces no solo de naranjos, sino de palmeras, de jazmines, de bosquecillos de boj, de mirtos y de rosales, por entre los cuales serpentaban arroyuelos de puras y cristalinas aguas.

Llegó por fin á Abderrahman su última hora, y como dice uno de sus cronistas, «la mano irresistible del ángel de la muerte le trasladó de sus alcázares de Medina Zahara á las moradas eternas de la otra vida, la noche del miércoles día 2 de la luna de Ramazan, del año 350 (961), á los setenta y dos años de su edad, y cincuenta años, seis meses y tres días de su reinado, que ninguno de su familia reinó mas largo tiempo: loado sea aquel Señor cuyo imperio es eterno y siempre glorioso.»

Cuenta Ahmed Almakari, que entre los papeles que se hallaron despues de su muerte se encontró uno escrito por él que decia así: «He reinado cincuenta años, y mi reino ha sido siempre ó pacífico ó victorioso. Amado de mis súbditos, temido de mis enemigos, respetado de mis aliados y de los principes mas poderosos de la tierra, he tenido cuanto parece pudiera desear, poder, riquezas, honores y placeres. Pero he contado escrupulosamente los dias que he gustado de una felicidad sin amargura, y solo he hallado catorce en mi larga vida.» Otros dicen que hizo esta célebre confesion al filósofo poeta Suleiman ben Abdelgafir en un momento de melancolia. Uno y otro pudo ser muy bien. Así murió Abderrahman III en el apogeo de su poder y de su gloria.

CAPITULO XVI

Alhakem II en Córdoba.—Desde Sancho I hasta Ramiro III en Leon

DE 961 A 976

Solemne proclamacion de Alhakem II.—Brillantes cualidades de este príncipe. Protege las letras y los sabios.—Riquísima biblioteca de Meruan.—Sus campañas en Castilla.—Ajuste de paz con Sancho I de Leon.—Traslacion del cuerpo del joven mártir San Pelayo á Leon.—Rebelion de algunos condes de Galicia.—Muere Sancho alevosamente envenenado.—Escena dramática y ruidosa entre dos obispos de Compostela.—Ramiro III de Leon.—Situacion de los demás reinos de España.—Condado de Barcelona. Suniario: Borrell II: Miron.—Navarra.—Muerte de García el Temblon, y principio de Sancho el Mayor.—Castilla.—Muerte de Fernan Gonzalez.—Juicio crítico sobre este célebre conde, y sobre el origen y principio de la independencia y soberanía de Castilla.—Imperio árabe.—Guerras de Africa y su resultado.—Extincion del imperio edrisita.—Cultura de la corte de Córdoba.—Las mujeres literatas. Asambleas de hombres doctos y eruditos.—Estadística de la riqueza y poblacion de Córdoba.—Estado de la agricultura y ganadería entre los árabes.—Sentida muerte del ilustre Alhakem II.—Anuncio de cambio en la situacion de los pueblos de España.

Aquel Abderrahman que decia no haber gustado en los cincuenta años de su reinado sino catorce dias de felicidad, pudo haber contado por el décimoquinto el dia de su muerte.

